
Omnisciencia, falibilidad y tolerancia. El homenaje de un político a Karl Popper

EN EL ACTO DE HOMENAJE A KARL POPPER
CLAUSTRO DE LA VIEJA UNIVERSIDAD DE SAN
BERNARDO. MADRID, 2 DE NOVIEMBRE DE 1994

Exmo. y Magco. Sr. Rector, señoras y señores:

Empieza Karl Popper su *Búsqueda sin término*, la autobiografía que publicó cuando aún le quedaban veinte años de vida, recordando cómo el maestro ebanista del que fue aprendiz le convenció para siempre de que, pese a todos sus estudios y lecturas, era un muchacho muy ignorante, tanto haciendo muebles como en conocimientos históricos. Su maestro, dice Popper, le enseñó la lección socrática de "cuán poco era lo que yo sabía y sobre todo de que cualquier sabiduría a la que yo pudiera aspirar sólo podía consistir en darme cuenta de la inmensidad de mi ignorancia".

La profesión de político, una de las más dignas y necesarias en una sociedad libre, es de las más expuestas a la pretensión de omnisciencia y de las menos predisuestas a

la confesión de los errores. Por eso en este acto en homenaje a Karl Popper, organizado por la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, una fundación de significación liberal, dedicada al estudio de los problemas de la sociedad que requieren una respuesta política, yo quiero referirme a sus reflexiones sobre cómo descubrir nuestros errores y cómo aprender de ellos.

Hoy han hablado antes que yo sobre el gran filósofo, vienés de nacimiento y británico de adopción, tres personalidades muy distinguidas en el mundo de las letras, del pensamiento, de la economía. Pero fíjense ustedes en que los tres, o son o han sido políticos. Pese a todas las descalificaciones que hoy en día se vierten sobre ella y sobre las mujeres y hombres que a ella se dedican, ¡algo tendrá la política de hermoso, de digno, de útil!

Karl Popper fue durante toda su vida un abanderado de la verdad. De hecho, considero que la "búsqueda sin término" de la que habla su autobiografía, es la búsqueda de la verdad. Es muy revelador que pensara que *no había término*, descanso ni fin en esa búsqueda, pues, los hombres, pese a nuestro deseo de saber, somos falibles, tenemos prejuicios, sufrimos miopías.

Llegó Popper a decir que incluso si en algún punto alcanzáramos la verdad, no podríamos demostrar que es así, ni siquiera podríamos saberlo con certeza. En nuestra búsqueda sin término de la verdad, a lo más que podemos aspirar es a descubrir, en nosotros o en los demás, el error, la equivocación, o la imprecisión.

Los filósofos de la ciencia destacarán y discutirán durante muchos años las ideas de Popper sobre cómo progresan nuestros conocimientos sobre la naturaleza o la sociedad. Propuso muy tempranamente, en su *Lógica de la investigación científica*, que nuestro conocimiento avanza por la propuesta de hipótesis que luego sometemos a prueba por contraste con la realidad. Pero mi interés se centra hoy, no en la teoría del conocimiento, de la que soy aún más ignorante que Popper de la ebanistería, sino en las instituciones que favorecen el avance de los humanos hacia la verdad.

Para que vayamos desterrando el error y avanzando en nuestros conocimientos es indispensable la crítica. Sólo si estamos continuamente atentos a los mentís que la realidad opone a nuestras creencias, incluso las más queridas o arraigadas, sólo si escuchamos atentamente las objeciones de nuestros allegados y los argumentos de nuestros contrarios, podemos soñar en ir progresando en conocimientos y sabiduría. No quiere ello decir que no debemos mantener nuestras ideas, dar una posibilidad de que pese a su extrañeza inicial, resulten ser más sólidas y válidas que las creencias más modernas o más de moda. El propio Popper no era persona que abandonara sus hipótesis al primer envite, ni tampoco era un filósofo que creyera que todo lo que no es científico carece de valor. Es posible pues defender las propias creencias, las propias afirmaciones —hipotéticas siempre— sobre la realidad, con energía, mientras no hagamos oídos sordos a la crítica, ni lo que es peor, la suprimamos o ahogemos.

La crítica se organiza en nuestras sociedades abiertas de muy diversas maneras. La prensa libre escudriña las acciones de los protagonistas de la vida pública. Cualquier limitación o amenaza de restricción de la libertad de prensa es un empobrecimiento para todos, como un ejercicio irresponsable de esa libertad lesiona el prestigio y la credibilidad que los medios de comunicación deben tener para ejercer con plenitud su importante papel social.

La universidad está organizada, o debería estarlo, como un foro de contraste, como un seminario de ideas lanzadas a voleo por sembradores rivales. El mercado selecciona mediante la competencia los proyectos empresariales, los productos y servicios ofrecidos al consumidor. La democracia política consiste en competir por los votos de los ciudadanos con propuestas lo más ajustadas posible a sus deseos y también a lo que creemos que constituye su bien y el de la sociedad a largo plazo.

Todo en la vida de una sociedad libre, en fin, tiende a exponer las propuestas, esfuerzos, ideas, productos que lanzamos al mundo como “hipótesis” del éxito, a la crítica de los demás y de la realidad.

Esta organización de la sociedad libre en instituciones de debate, contraste y eliminación, no tiene por qué ser destructiva. La sociedad libre no es una arena en la que el hombre es un lobo para el hombre. La crítica y la competencia, ejercidas civilizada y deportivamente, unen mucho, tiene un aspecto de cooperación que las personas que viven al abrigo de la lucha de las ideas y los proyectos no pueden ni concebir.

La política es, en algún aspecto, como un partido de fútbol o de tenis: los protagonistas deseamos la victoria con todas nuestras fuerzas, a veces incluso se hacen trampas, pero si el juego es limpio y reñido el público se beneficia.

Vuelvo por un momento a la profesión de político, a la que estoy dedicando mi vida. Con toda firmeza me digo que un mal político es un castigo para los ciudadanos, que un gobernante que yerra puede hacer un daño infinitamente más grande que un empresario que equivoca el producto o un deportista que no acierta en la táctica. Con toda humildad también me digo que un buen político puede hacer mucho bien a su pueblo. Las instituciones son muy importantes, pero, decía Popper muchas veces que también son importantes las personas que las custodian. Baste un ejemplo: ¿no es admirable el comportamiento de Nelson Mandela, que, tras treinta años de cárcel sale a la palestra política sin amargura ni deseo de venganza, poniendo todo su esfuerzo en conseguir la paz, la prosperidad y la justicia para todas las razas de Suráfrica?

En una democracia, los mecanismos institucionales para eliminar a los políticos que se equivocan profundamente son las elecciones. Es famosa la frase de Popper que define la democracia como "el tipo de gobierno que nos permite librarnos de nuestros gobernantes sin derramamiento de sangre". Pero hay otros mecanismos, cuando el error o la trampa deben conducir a la dimisión del censurado por la opinión pública. Una persona condenada por un tribunal a penas de inhabilitación o de cárcel, debería dimitir en espera de que la sentencia fuera firme, mientras su inocencia no sea declarada de manera definitiva.

La historia del siglo XX, con todos sus errores y horrores, reafirma en mí la confianza en los mecanismos de crítica de la sociedad libre. No han podido prevalecer contra ella las fuerzas dispersas o conjugadas del fascismo y el comunismo. Han desaparecido del panorama de la política práctica gran parte de los errores que propalaron los intelectuales de la izquierda desde la Revolución francesa, y aunque se trate de una victoria a medias, como dice Sartori, la democracia liberal es la triunfadora de un largo conflicto en el que millones de seres humanos han sufrido enormemente y aún muchos siguen padeciendo miserias y tiranías.

La victoria de la democracia, aunque nunca es definitiva o total, como sabía muy bien Popper, que nos advertía que los demócratas tenemos la obligación de mejorar la democracia, es hoy indudable. Si bien el fundamentalismo y el terrorismo son amenazas tangibles, ningún otro sistema alternativo a la democracia se puede proponer hoy en nuestras sociedades. Es esta una diferencia abismal con lo que sucedía hace tan solo una o dos décadas.

Volviendo a Sartori, si el triunfo de la democracia liberal es una victoria a medias, el de la economía de mercado como la forma más eficiente de hacer funcionar la economía de una sociedad, es una victoria total. Ningún hombre práctico, ningún político sensato duda ya de la superioridad de la libertad de empresa en una economía de mercado, frente a sistemas planificados o intervencionistas de organizar la economía, y, añadido, la superioridad no sólo desde el punto de vista de la producción y la prosperidad, sino también de la libertad individual.

La tentación cotidiana para el político práctico está en contar votos continuamente, en guiarse sólo por los sondeos de opinión, y ceder a los cantos de sirena de los grupos de presión que buscan sobre todo protección frente a la competencia. Los políticos también debemos saber liderar, enfrentarnos con resistencias conservadoras, arriesgar incluso nuestra popularidad coyuntural, con la esperanza de que los resultados de la apertura de un mercado, o la supresión de un obstáculo, serán con el tiempo ventajosos para todos y convencerán al más recalcitrante. Las tentaciones oportunistas

tas siempre acechan y a los políticos nos es exigible el sentido de la oportunidad, pero hemos de aspirar a ser oportunos, al tiempo que firmes y clarividentes.

Popper nos dio una gran lección en punto a revisar sus opiniones. Todos podemos estar de acuerdo en que su visión política estaba teñida de social-democracia en su gran obra *La sociedad abierta y sus enemigos*, publicada en el año 1946, apenas acabada la II Guerra Mundial y en pleno auge de las ideas laboristas. Pero la experiencia de los años le mostró que muchas ideas en principio generosas del socialismo democrático estaban equivocadas y resultaban contra-productivas. Sin llegar a ningún extremo, modificó sus ideas sobre la organización de las sociedades y evitó las descalificaciones *à la mode* de la señora Thatcher, gran parte de cuya obra llegó a elogiar sin rebozo.

Es mucho lo que podemos aprender de los políticos de la vida y la obra de Karl Popper. Pero en especial quienes nos hemos situado en el campo liberal debemos aprender de él la firmeza y la valentía en la defensa de nuestras opiniones, y la disposición a corregir el rumbo cuando la crítica o los hechos nos muestren que nos hemos equivocado.

Comprenderán ustedes por qué la fundación que presido, una fundación que estudia con mente abierta y sin prejuicios aquellas cuestiones políticas que afectan a la vida de los españoles, ha querido rendir homenaje a Karl Popper, como hace un año lo hizo con Hayek. Y lo ha querido hacer, gracias a la generosa hospitalidad del Rector, en la Universidad, en el centro por antonomasia para buscar y transmitir la verdad y el saber, precisamente en este paraninfo en el que Popper fue investido doctor *honoris causa*.

En el día de hoy lloramos la pérdida de uno de los grandes hombres del siglo XX, elogiamos su obra y su persona y queremos contribuir a difundir entre nosotros sus ideas.

Entre los valores que nuestra sociedad ha colocado en la cúspide se encuentra el valor de la tolerancia. En nuestra patria, que tantos males ha padecido cuando en su historia prevalecieron actitudes de intolerancia, es una virtud capital, que hay que preservar con esmero.

Pero no hay que confundirse respecto a lo que es de verdad la tolerancia. La tolerancia no significa la supresión del sujeto moral que prescinde del esfuerzo de elegir entre el bien y el mal, ni implica la indiferencia entre los principios, ni la incapacidad de emitir juicios sobre las conductas humanas. La tolerancia, en su verdadero sentido, es incompatible con esa forma de impotencia intelectual y moral que se ha dado en llamar “pensamiento débil”, y que conduce a esa actitud anodina y frustrante que Octavio Paz ha calificado como “adoración de las cosas”.

La tolerancia es virtud que sólo puede ser ejercida por quien posee convicciones. Al amar las suyas, reconoce que los demás también las poseen y que, aunque sean diferentes, merecen respeto. Nace así la posibilidad del diálogo y del pluralismo, con los que los hombres avanzan en una sociedad abierta. La tolerancia sin convicciones, en cambio, imposibilita el diálogo: hace a los hombres mudos, porque acaban siendo incapaces de emitir juicios y opiniones y de elegir.

Aunque parezca paradójico, una sociedad con hombres sin convicciones puede encontrarse en el umbral de la intolerancia. El vaciamiento de valores y creencias, asumidos personalmente y en libertad, con el esfuerzo que ello comporta, conduce al cinismo y al triunfo de la idea de que “todos tenemos que pensar lo mismo”. Quien se aparta de esta actitud es tachado de intolerante. Quien lealmente combate por sus convicciones con el diálogo y la persuasión es considerado como un personaje molesto. El triunfo de tal mentalidad es el mayor riesgo para una nueva tiranía de los espíritus o para la apatía generalizada y esterilizadora.

Popper nos marcó un camino, seguirlo requiere un esfuerzo mayor que el “todo vale” o abandonarnos a certidumbres definitivas, pero es un camino mucho más seguro para avanzar en las sociedades abiertas en que la libertad sea el principal valor, sin la que cualquier otro valor o no existe o está en precario.

Muchas gracias.

